

CARTA ABIERTA DE UN CIUDADANO NORTEAMERICANO

AL VICEPRESIDENTE HUMPHREY

Nuestro habitual colaborador
Thomas Buchanan
nos envía esta carta abierta, para su
publicación en nuestras páginas.

PARIS.—Han quemado la bandera de nuestro país cuando usted, Mr. Humphrey, se encontraba aquí en visita oficial; en las mismas calles de París en las que en agosto de 1944 nuestra bandera era agitada por miles y miles de personas alineadas al borde de las aceras. Francia, nuestra aliada, acababa de conseguir su libertad. Estábamos allí para ayudarla a expulsar al invasor extranjero. Lo recuerdo perfectamente. Yo estuve también entonces en París.

Recuerdo igualmente que unas semanas antes, en aquel mismo verano, al salir de Inglaterra y cuando marchábamos por las calles de Southampton —cuya población civil había sufrido durante años los bombardeos del enemigo— vimos, de repente, a una mujer asomada a una ventana. Con su mano derecha agitaba la bandera de los Estados Unidos mientras por sus mejillas discurrían las lágrimas. Sabía perfectamente hacia dónde nos dirigíamos. Si íbamos tras los hombres que tan implacablemente habían bombardeado su ciudad.

Quisiera hoy decirle algo, Mr. Humphrey. No es aquella bandera la que han quemado.

Creo que, quizá, lo que intentaron los incendiarios de París era ayudarnos a recordar lo que la bandera de nuestro pueblo simbolizó en otro tiempo, mucho antes de que ondease en el Vietnam del Sur.

Hace doscientos años, un ejército extranjero atravesó nuestro país. Las botas de sus soldados resonaban en nuestras calles y se veían extranjeros por doquier. Nos dijeron que estaban allí para protegernos y que, sin su presencia, nos veríamos invadidos por los franceses o por los españoles. Nos enviaron gobernadores para que nos administraran, gobernadores elegidos por el rey de una lejana nación.

Hace doscientos años, una administración de este tipo, a cargo de extranjeros, tenía un nombre; el mismo nombre que utilizaron nuestros antepasados para describir su sometimiento es todavía válido. Un territorio así gobernado es una colonia.

El 4 de julio, hace casi doscientos años, un pequeño grupo de americanos, arriesgando sus vidas y las de los que amaban, hicieron una proclamación en la cual "declararon su independencia" respecto al país que había enviado sus soldados para protegerlos y sus gobernadores para administrarlos, y ese documento ha sido desde aquel día fuente de inspiración de todos los pueblos ocupados por "protector". Porque la condición previa para la independencia de una nación es, como ellos mismos aseguraron, liberarse de los gobernantes elegidos por la potencia ocupante, incluso cuando éstos son de la misma raza, hablan el mismo idioma y profesan la religión misma de los gobernados.

Los generales de nuestro país aseguran que si nuestros solda-

dos atraviesan el mar es porque los ciudadanos del Vietnam del Norte amenazan a los ciudadanos del Vietnam del Sur. Pero, si aquel territorio se encuentra ahora dividido, no es porque así lo hayan deseado los vietnamitas, sino porque se les ha obligado a ello, Mr. Humphrey. Permítame recordarle que antes de su independencia los Estados Unidos también se encontraban divididos en trece colonias y que ello, sin embargo, no fue obstáculo para que los americanos de cada uno de aquellos territorios se uniesen con sus vecinos para resistir a la potencia ocupante.

No hablo de los generales que mandan a nuestros ejércitos en el Vietnam, sino de otro dirigente, de un jefe de Estado. Si la capital de nuestro país ha llegado a ser el centro de una gran potencia mundial se debe, en gran parte, a este hombre, porque la ciudad lleva su nombre. Me refiero, Mr. Humphrey, al general George Washington, quien no pudo aquietar nunca el ruido de las botas extranjeras en su país. Como les debe de estar ocurriendo a los vietnamitas. Y este general decidió que las fuerzas extranjeras regresaran a la gran nación de donde procedían; que aquel ejército intruso, que había cruzado un océano para llegar a nuestra orilla, volviera al otro lado del Atlántico. Y lo consiguió.

Hay una ciudad a cuarenta millas de Washington en la que nació y donde he vivido durante cuarenta años. Esta ciudad se llama Baltimore y fue en ella donde, en lucha con aquel mismo invasor, el abuelo del primo de mi madre fue obligado a subir a bordo de un barco-prisión que formaba parte de la flota que había puesto sitio a la ciudad. Baltimore estaba por aquel entonces por una fortaleza, y la bandera de los Estados Unidos ondeaba en lo alto del Fuerte McHenry cuando el sol se ponía sobre las aguas. Una noche, ignorando si la fortaleza se encontraba en manos de sus defensores o había sido reducida a silencio tras el largo bombardeo, aquel pariente de mi madre se puso a escribir un poema en el que, como ciudadano de una joven nación comprometida en una guerra incierta para conservar su preciada independencia frente a una gran potencia mundial, se planteó la siguiente pregunta: ¿seguirá ondeando cuando amanezca esa bandera que tan orgullosamente coronaba la torre de la fortaleza?... El sol amaneció e iluminó la fortaleza. Y el prisionero pudo ver de nuevo en lo alto la bandera. Su propia bandera y no el emblema de la Gran Bretaña imperial. Aquel poema, escrito en la oscuridad por Francis Scott Key, se titulaba "La bandera estrellada". Más tarde le fue puesta música y se convirtió en el himno de la nueva nación.

Aquella vieja bandera tiene ahora cincuenta estrellas y la ciudad en la que vivía Key cuenta con casi un millón de habitantes.

El 9 de noviembre de 1965, otro joven de Baltimore quiso, como Key, hacer honor a su país. Se llamaba Norman Morrison. Era un hombre apacible, religioso y respetado. Estaba claro que venía preocupándole desde hacía algún tiempo la intervención de su país en los asuntos del Vietnam. Se trataba para él de una cuestión moral. Morrison no se sentía menos orgulloso que Key de la bandera estrellada, pero justamente porque aquella bandera había sido el símbolo de una nación que luchó por conservar su independencia no quería que se utilizara ahora para asaltar el Fuerte McHenry



Una bandera americana fue quemada en París durante la visita de H. Humphrey y otra en Amiens con motivo de la estancia del embajador Charles E. Bohlen en esta ciudad.

de otras naciones. Aquella mañana se levantó a la hora acostumbrada, besó a su mujer y a su hijo y saltó de casa. En las afueras de la ciudad, a la entrada del Pentágono, Norman Morrison se detuvo, hizo los preparativos necesarios y se prendió fuego. Este ciudadano de Baltimore murió envuelto en llamas como otros hombres y mujeres estaban muriendo en el Vietnam bombardeados por el

napalm. Mr. Humphrey: al mismo tiempo que una bandera americana era quemada en París, morían incendiados hombres en Vietnam. Este es un hecho cuyo eco nos llega continuamente. Ya es hora de que escuchemos.

THOMAS G. BUCHANAN

© Ecrivains Reunis y TRIUNFO, 1967 - Foto: EUROPA PRESS